

História (São Paulo)

**La Iglesia Católica de Chile y el proyecto de la Buena Prensa. La experiencia en la
Arquidiócesis de Santiago, 1906-1936**

**A Igreja Católica do Chile e o projeto da Boa Imprensa. A experiência na Arquidiocese de
Santiago, 1906-1936**

**The Catholic Church in Chile and the project of the Good Press. The experience in the
Archdiocese of Santiago, 1906-1936**

Manuel LOYOLA

Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile, Santiago, Chile.

Contacto: manuel.loyola@gmail.com

Resumen: Inserto en el campo de historia comunicacional, el presente artículo se interroga por las condiciones y características que asumió en Chile la iniciativa internacional de la Buena Prensa (BP), impulsada por el Vaticano desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX. En el mismo se sostienen las hipótesis de que la BP constituyó una acción de modernización de la comunicación católica mundial, así como una adecuada estrategia de participación en el naciente campo comunicacional donde comenzaron a tener lugar las disputas por la influencia y control de la opinión pública letrada y no letrada a inicios del siglo XX en Chile. Finalmente, este es la parte inicial de una serie de tres trabajos sobre la BP chilena, donde desarrollaremos diversos aspectos empíricos de su puesta en marcha.

Palabras clave: Iglesia Católica; Arquidiócesis de Santiago; Buena Prensa; Comunicación de masas.

Resumo: Inserido no campo da História da Comunicação, este artigo questiona a respeito das condições e características adquiridas no Chile pela iniciativa internacional da Boa Imprensa (BP), patrocinada pelo Vaticano entre o final do século XIX e meados do XX. São sustentadas as hipóteses de que a Boa Imprensa constituiu uma ação de modernização da comunicação católica mundial, assim como uma adequada estratégia de participação no campo comunicacional, no qual começaram a ocorrer no Chile disputas pela influência e controle da opinião pública letrada e não letrada no início do século XX. Finalmente, este texto é parte inicial de uma série de três

trabalhos relativos à Boa Imprensa Chilena, em que desenvolveremos diversos aspectos empíricos da sua instauração.

Palavras-chave: Igreja Católica; Arquidiocese de Santiago; Boa Prensa; Comunicação de massas.

Abstract: Inserted in the field of communicational history, this article questions the conditions and characteristics assumed in Chile the international initiative of the Good Press (BP), driven by the Vatican since the late nineteenth to mid-twentieth century. This article sustains the hypothesis that BP constituted an action of modernization of the global Catholic media, as well as an appropriate strategy for participation in the emerging communicational field where the disputes for influence and control of literate and non-literate public opinion began to arise in the early twentieth century in Chile. Finally, this release is the first part of a series of three papers on Chilean BP, where we will develop several empirical aspects of its implementation.

Keywords: Catholic Church; Archdiocese of Santiago; Good Press; Mass Communication.

1. La Iglesia ante la problemática comunicacional moderna

Hacia fines del siglo XVIII, el conjunto de las confesiones cristianas pero, en especial la Católica, padecían de enormes dificultades para enfrentar los claros signos de transformación social y cultural que venía experimentando la sociedad europea, al punto que la misma jerarquía episcopal y, aún, vaticana, se mostraba completamente ineficaz al momento de discernir entre lo que era exigible por la fe dentro de un conjunto de elementos, no pocos de ellos nimios, que poco o nada tenían que ver con la trascendencia. Tal confusión y falta de sintonía con los “signos de los tiempos”, no sólo favorecía las tendencias secularizantes en boga, sino, a la vez, dejaba a la Iglesia y sus representantes en una condición de constante aislamiento y de fácil caricaturización pública.

Aún más que en siglos anteriores, a fines del período moderno resultaba claro que Roma y sus vicarios no participaban de las discusiones de su entorno, con el agravante de que todo parecía señalar que lo que ocurriera más allá de sus templos, no le importaba mayormente.

Que la filosofía y las ciencias experimentales desplazaran a la teología de las cátedras universitarias e imprimieran sus influjos cuestionadores en la vida cotidiana de las personas, no parecía amilanar a dignatarios y preladados que no podían o no querían advertir que tal conducta estaba jugando rápidamente en su contra: si bien, en su conjunto, la sociedad seguía cumpliendo sus deberes religiosos, ello no significó que, en alguna medida, las convicciones ya estuviesen siendo melladas. Entre las capas dirigentes – burguesía y nobleza – ascendía el primado de

rechazar el mensaje tradicional de sumisión proveniente de una imagen de mundo estático y donde todo estaba ya estatuido y destinado. En cambio, la apertura a una noción de progreso que se les ofrecía infinito y libre, los seducía muchísimo más.

De entre estos mismos grupos sociales – “creyentes de escasa fe” – comenzaban a hacer número aquellos que anhelaban replantear las relaciones de poder y el orden, a liberar y liberarse, por medio de la razón y el individualismo, de las sujeciones de la Iglesia y del Absolutismo. No faltaban incluso – los más osados – quienes reclamaban una nueva religión más acorde con la Naturaleza, su eternidad y sus leyes, las mismas de donde extraían los fundamentos de una pretendida y renovada armonía universal. Como era de esperarse, como bien lo describió Paul Hazard (1946), irrumpiría una pugna donde por décadas no cabrían los entendimientos. Recurriendo a H. Kuhn (1978), podemos decir que se estaba delante de una especie de “inconmensurabilidad” paradigmática donde cada cual reclamó patente de exclusividad, y donde, ante la fuerte seducción del liberalismo, los actores tradicionalistas y religiosos, aún a costa del reduccionismo social e ideológico, se afanaron por la defensa integral de todo lo pretérito.

Tras lo que pareció ser el golpe definitivo contra los enclaves conservadores – la Revolución Francesa de 1789 – y, en no poca medida, por los cuestionables resultados que tal hecho produjo no sólo en Francia sino también en diversas otras sociedades europeas-, de un modo por lo común dubitativo y, en ocasiones, contradictorio, la jerarquía Católica y sus apoyos intelectuales laicos, comenzarían a dar pasos en vistas a reposicionar sus postulados y vigencia sociales. Los estudios sobre el particular coinciden en señalar que durante la primera mitad del XIX, como producto de iniciativas surgidas preferentemente en el seno de las adhesiones civiles, la dirigencia de órdenes y de diócesis hubieron de favorecer cambios no siempre bien vistos por la curia romana. Salvándose tales trabas más por la fuerza de los hechos que por la comprensión inmediata de los presbíteros, hacia 1860 el temor a una inminente desaparición institucional no sólo había decrecido entre lo más granado del catolicismo francés, alemán o belga, sino que, al contrario, se estimaba que se contaba con nuevas y nutridas fuerzas como para emprender la recristianización de la sociedad.

Durante el último tercio del XIX, en su propósito de conciliar la tradición con el mundo moderno – “la cristianización de la vida moderna y la modernización de la vida cristiana”, al decir J. Schmidlin (1924, p. 50) –, León XIII (1878-1903) acudió desde temprano a la prensa, alentando a la conformación de una poderosa y bien pertrechada “prensa católica”, tal como lo

expusiera en *Ingenti sane laetitia*, primera audiencia pública que el Vaticano organizara en 1879 reuniendo a cerca de un millar de periodistas de varias partes del mundo.

No cabe duda que este empeño, amén de consideraciones teológico-pastorales respecto de valorizar de otra manera el papel de los medios – y de los católicos, en particular – en la evangelización de la cultura contemporánea, importaba para este Papa una estrategia imprescindible de protagonizar dadas las circunstancias políticas finiseculares que afectaban a la Iglesia y que, en buena proporción, le habían sido heredadas por administraciones anteriores y sus continuas disputas económico-territoriales con otros poderes europeos y que databan de tiempos muy antiguos.

Consciente de que la realidad le impelía a adoptar fórmulas de sobrevivencia que ya nada tenían que ver con arcádicas visiones de una cristiandad monolítica, estos lastres estaban ocasionando ataques y problemas que este papado buscó amainar, entre otros recursos, potenciando y colocando en fila la actuación de medios de prensa que tenían que coadyuvar a través de la difusión de la visión e intereses de la Iglesia romana. A la crítica situación italiana a raíz del desarrollo de constantes revueltas y revoluciones, la proclamación de la II República y la galopante pérdida de los Estados Pontificios, se unía la aparición de la *Kulturkampf* alemana, la división de los católicos franceses, belgas y españoles, los avances del socialismo y del anarquismo: si de una lado, del Antiguo Régimen ya no quedaban sino anacrónicas manifestaciones, de otro, el orden liberal-capitalista no parecía dar nuevas garantías. Era menester, por tanto, intentar algún modo de salvación de lo esencial aunque no se tuviera respuestas muy precisas. Lo único cierto, entre tanto, era que se debía buscar mecanismos que contrarrestaran el nutrido anticlericalismo. De ahí que teniéndose por base este mínimo acuerdo, fuese más bien el puro acicate de rebatir lo anticlerical, lo que serviría de eje articulador de lo más sobresaliente del movimiento internacional de la Buena Prensa católica por espacio de más de un siglo, desde inicios del XIX hasta mediados del XX.¹

Ya en 1801, en París, al alero del naciente movimiento apostólico La Congregación, se detecta la aparición de organizaciones encargadas de imprimir y distribuir lecturas piadosas. La multiplicación de este tipo de desempeños llevará, en 1824, a que varios grupos de seculares de Burdeos, Grenoble y Turín, bajo dirección eclesiástica, formaran una entidad de mayor aliento: la Sociedad Católica de los Buenos Libros, a fin de contraponerse, mediante ediciones baratas, al influjo de los “pasquines” antirreligiosos. En el grueso de estos esfuerzos primaba la necesidad de

replicar, echando mano a similares instrumentos, a lo realizado por los “enemigos de la fe” en su tarea de quebrantar las bases del orden tradicional. Los canales de adoctrinamiento y popularización del liberalismo habían sido la tertulia (en sus distintas formas y escenarios), la tribuna pública y la prensa. Siendo esta última tal vez si la más eficaz de las modalidades empleadas, el catolicismo militante no dudó en tomarlo para sí como recurso contradictor, adecuando contenidos y estilos según tipos de públicos o destinatarios. Su atractivo resultaba tan poderoso, que aún los más conspicuos ideólogos de la recristianización (Bonald, Demaistre) no dudaron en contribuir con sus plumas a este verdadero nuevo púlpito de la contemporaneidad.

Acciones idénticas, aprovechando las experiencias de otros, comenzarían a ejecutarse o fortalecerse en Italia (*Amicizia Cattolica*, *Società degli Amici*), o Bélgica. En oportunidades, como complemento a la expedición de nuevas devociones de masas o, en otras, disponiéndose de mayor o menor calidad literaria y periodística, lo cierto es que hacia 1830 existía en Europa occidental un caudal de medios y desarrollos que prefiguraban la presencia de una trama de vocerías católicas que, en más de alguno, hizo suponer la pronta creación de medios y empresas de mayor alcance. A la par, claro que en casos que nunca tuvieron el favor oficial, lo emprendido en materia de libros o de prensa periódica, posibilitaría el despliegue de proyectos menos reñidos con las prácticas liberales: los resultados de los cambios y revoluciones bien podían ser conceptuados como logros de la misma Providencia en pos de terminar con instituciones señoriales lesivas a la dignidad y justicia que debía imperar entre las criaturas de Dios. Por lo demás, esta forma de aceptar la liquidación de regalismos y prebendas ciertamente resultaría más grato a los espíritus católicos – preferentemente de las nuevas generaciones ilustradas – que aspiraban a ser parte de lo bueno que las nuevas libertades podían brindar a la sociedad. La libertad de prensa, más allá de sus exageraciones, no solo les parecía un mal menor en comparación con las circunstancias del Antiguo Régimen, sino también, una posibilidad que, bien llevada, daría excelentes frutos a la causa cristiana.

Así, aparecerían órganos como *Univers* (París, 1833), leído mayormente fuera de la capital gala, en espacios católicos donde la prensa liberal era más aceptada. Para círculos menos masivos aparecerían revistas como *Annales de Philosophie Chrétienne* (1830) y *Université Catholique* (1836); mientras que con un carácter más popular y por los mismos años debutaría el *Journal des personnes pieuses*. Aspecto culminante aunque no final de este acontecer, fue la fundación, en 1873, de la *Maison de la Bonne Presse*, por parte de los Padres Agustinos de la Asunción,

liderados por el P. Vincent de Paul Bailly quien, poco tiempo antes, había dado vida a *Le Pèlerin*, revista ilustrada que al cabo de una década, disponía de tiradas de más de 100.000 ejemplares. Exitosa también fue la andadura de *La Croix*, de 1880, revista que antes de un lustro se transformaría en diario, para satisfacción de sus miles de lectores tanto de Francia como del exterior. El respaldo que a estas y a otras publicaciones de renombre ofreciera la citada Maison, hizo que a partir de los años 70 del siglo XIX, la totalidad de desarrollos editoriales franceses de cuño católico solicitaran adscribirse al prestigioso halo de la Buena Prensa. Pero todavía más: la fama de la Maison devendría ejemplo internacional para la creación, en años venideros, de entidades, si no iguales, al menos parecidas, tanto en España como en América Latina.

Con resultados dispares a los ofrecidos en Francia o Bélgica, la prensa católica alemana mantuvo a lo largo del XIX un sello eminentemente conservador y elitista, concentrando sus iniciativas en la edición de revistas teológicas y de erudición histórico-religiosa. La carencia aún más pronunciada que entre sus vecinos del oeste de personal idóneo para el desarrollo de una prensa diaria, así como los constantes temores de injerencia de príncipes y demás jefes políticos en los asuntos eclesiásticos, sin dejar de lado la importancia de sus rivales protestantes, hicieron del catolicismo teutón del siglo XIX una organización que veló de sobremanera por su independencia, dedicándose, en el plano del tema que nos ocupa, más al fortalecimiento de sus convicciones que a la disputa por la influencia social.

Las visiones católicas más proclives al diálogo con la cultura de su época tuvieron logros considerables en la homogeneidad de sus preceptos a la luz de encuentros como los de Malinas, a partir de la década del 60. En estos, entre otros temas, se abordó la acuciante necesidad de estructurar el periodismo católico y mejorar los canales de circulación de sus publicaciones. Acordarían, sin que nunca se haya realizado, el objetivo de contar con un periódico internacional; la apertura de nuevas colecciones de “libros buenos”, así como el impulso de bibliotecas populares en las jurisdicciones parroquiales.

El panorama, con todo, no se agotó con las ideas y trabajos en torno a las publicaciones diarias o periódicas de cobertura regional o nacional. Existió, además, una amplia gama de géneros publicísticos de carácter menor o más explícitamente locales referidos a boletines, hojas parroquiales y opúsculos que, junto con difundir los rudimentos del credo o las fiestas de guardar del calendario litúrgico, no dejaban de lado un sinnúmero de informaciones referidas a las

asociaciones católicas, fueran estas piadosas, devocionarias, de obras benéficas o del arte y la cultura moralizantes.

En lo que toca más directamente a nuestra temática de estudio, la Buena Prensa española dispuso de características no menos prominentes que las verificadas en Francia, Italia o Bélgica, no obstante haberse iniciado en décadas más tardías. En sus pasos primarios, resaltó la figura del intelectual Jaime Balmes. Otro tanto se puede decir de Donoso Cortés y del consagrado Antonio María Claret, todos nombres que, tanto en Chile como en otros puntos de América del Sur, serán de constante citación al momento de respaldarse la necesidad de que se contara con diarios o libros buenos.

La actuación de estos y de varios más hacia mediados del XIX, se contabiliza como base ineludible de lo que luego sería lo más excelso de la Buena Prensa de la península, desarrollo que, por su parte, pudo también asentarse al amparo de la mayor estabilidad política que experimentara España tras la restauración borbónica (1874-1931) emprendida por Cánovas del Castillo. No es del caso abrumar con la enorme cantidad de semanarios, folletos, libros o revistas que se emprendieron a los largo y ancho del citado país, con la respectiva creciente movilidad de cursos que ello importó tanto en el plano estrictamente financiero como en el de las innovaciones técnicas de la impresión, la papelería, las ilustraciones y el color. A modo de resumen, valga eso sí señalar que su expedición significó la aparición de ediciones tanto elitistas o de especialidad, como las más abundantes de corte propagandístico y de masas, debidas al clero diocesano y regular. Por su futuro impacto de referencia y recepción en las tareas editoriales que luego se harán efectivas en nuestro Cono Sur, debemos consignar la fundación de revistas como *La Ciencia Cristiana*, dirigida por el filósofo seglar Ortí y Lara (1877); la catalana *La Hormiga de Oro* (1884); *La Ciudad de Dios* y *Ciencia Tomista* (agustiniana y dominica, respectivamente, ambas de 1890) o, *Razón y Fe* (jesuita, 1901). Por los mismos años, y con temáticas de tipo “social”, aparecieron otras ediciones encaminadas al público de los incipientes círculos obrero-católicos.

A diferencia de las publicaciones sectoriales o periódicas, los productos de la prensa diaria con pretensiones de vocería católica general, fueron difíciles de alcanzar. Dispuestos, por su naturaleza, como medios de amplio espectro, sus posibilidades se vieron siempre limitadas por la enconada rivalidad entre grupos militantes que reclamaban para sí la autenticidad exclusiva de las posiciones católico-elesiales. Los recurrentes desencuentros entre los partidarios de la *tesis*

(integristas antiliberales) y de la *hipótesis* (pro modernidad), impidió dar con una fórmula editorial de concordia, y ni aún las mediaciones de la jerarquía y hasta de Roma, consiguió modificar el separatismo y el fuego cruzado.

Con la fundación de *El Universo*, en 1899, pareció que por fin se había llegado a una tregua, sin embargo, a poco andar, el rotativo vio frustrar sus expectativas. Como siempre ocurre, sólo la amenaza común externa al catolicismo español y que sobrevendría a partir de la segunda década del siglo XX, tras el asesinato del notable político liberal José Canalejas, uniría editorialmente a este catolicismo.

La proliferación de impresos y la configuración del entramado gestor cultural – verdadera “industria editorial”, con sus respectivos productores, mediadores y consumidores– de la publicística católica de fines del XIX, no hubiese sido posible si, aparte de las condiciones de contexto restauracionista, no hubiese también bebido de los afluentes doctrinarios –pastorales y hasta eclesiológicos– que en Francia, Italia o Bélgica animaron la idea de la Buena Prensa en su calidad de proyecto cristiano regenerador. Ya en 1871, en Barcelona, su inspiración se plasmaba en la creación del *Apostolado por medio de la Prensa*, cuyos fines eran los de proporcionar al pueblo “sanas lecturas”. Las cuotas de los socios del Apostolado se destinarían a la adquisición de folletos edificantes, los que, a su vez, se venderían a muy bajo precio o repartirían gratuitamente entre las masas obreras y campesinas. Con no menos empeño, estos socios cooperadores debían también impedir la circulación de las lecturas “malas”, sea por medio de su compra en cantidades, sea por medio de la requisita directa desde imprentas y despachos. Dos décadas más tarde, una obra parecida, aunque evitando las incautaciones forzosas, se verificaría en Madrid, con el aditivo de financiar bibliotecas (colecciones) de opúsculos de “lecturas convenientes” para los trabajadores. Impulsos orientadores y coordinadores acaecidos coetáneamente en Pamplona, Valencia, Logroño, Zaragoza, Bilbao o Pontevedra, por citar algunas localidades, llevaría a ciertos metropolitanos a urdir acuerdos de distribución y otros apoyos en zonas aún más amplias, aspirándose incluso a cubrir toda la Península.

Las intenciones no tardaron en cristalizar en torno a Sevilla, obispado que, en los inicios del XX, desempeñaba el liderazgo más dinámico en asuntos editoriales bajo la égida de la Buena Prensa. Con los auspicios de su *Asociación Diocesana para las Buenas Lecturas*, creada en 1898, se organizaría la Primera Asamblea Nacional de la Buena Prensa, en 1904, evento del que emanaría una Asociación Nacional. La reunión tuvo su continuidad en las asambleas realizadas en

Zaragoza (1908) y en Toledo (1924). También por iniciativa andaluza (Centro Ora et Labora), en 1916 se estableció el 29 de junio (fecha de muerte del jesuita Sardá y Salvany) como el Día Nacional de la Prensa Católica, ocasión en que el conjunto de diócesis del país debían volcarse a la oración, la propaganda y la colecta pública a favor de la Buena Prensa. (GIL, 2006).

En su conjunto, si bien la Buena Prensa española estuvo lejos de jaquear a sus oponentes liberales – siempre más atractivos, diversos y dinámicos –, no es en el ámbito de esta contienda ideológica y social que debemos valorar su existencia. Al igual como apreciaremos su rol para el caso de Chile, lo que llama la atención fue el denuedo demostrado por ella en un contexto donde todo parecía ser adverso a los intereses temporales y trascendentes de la Iglesia, al punto que, en proporciones nada irrelevantes, los resultados de su empeño, es decir, la múltiple producción literaria, periodística, formativa, lectoral, técnica, artística, organizacional y asociativa que concitó, no puede sino ser observada hoy como “testimonio vivo” de todo aquello.

2. La Buena Prensa en Chile

2.1 Contexto y Codificación

Las circunstancias y hechos que entre fines del siglo XIX y comienzos del XX propiciaron la modernización del campo de la recepción, producción y consumo culturales en nuestro país – terreno donde a la función editorial y sus productos les cupo un rol destacado – fueron objeto de diferentes posiciones e incitativas imbricadas en un doble movimiento: las referidas a los supuestos mismos del quehacer creativo y su divulgación, y las señaladas por las consecuencias de contexto – sociales y políticas – que tal renovación conceptual conllevaba.

Y no podía ser de otra forma en la medida que la configuración señalada, al asumir las tareas que se le presentaban como propias, requirió, a la vez, enfrentar los alcances políticos que ellas implicaban, teniendo así que abordar una problemática que la excedía: la de la transformación del ordenamiento oligárquico decimonónico, esencialmente elitista en lo político, y tradicionalista, en lo cultural.

Ello habría de suscitar organización social, movimientos de protestas, críticas a las racionalidades dominantes y a los poderes tradicionales, desasosiegos diversos, vanguardias de diferente tipo, autonomización de las voluntades, nuevos diseños de orden social y político. En

síntesis, un contexto que, desde los particularismos diversos de la inconformidad de la mayoría, supuso expresiones reales o potenciales de una vida otra presididas por lo que podemos denominar “la lectura matinal del tiempo histórico”, esto es, la visión de que se estaba dejando atrás una determinada época prescrita como tradicional, accediéndose a otra, nueva y expectante. Eso era lo que fomentaba el modernismo en el arte y la literatura, en los liderazgos y voces emergentes, en el desplazamiento hacia posturas subjetivistas y esencialistas en el pensamiento. Por lo demás y, sin ir más lejos, la irrupción en la vida cotidiana de ingentes innovaciones tecnológicas devenidas de productos y artefactos del progreso – si bien, claro está, de consumo social limitado-, no hacía sino reforzar las nuevas facetas discursivas favorables al cambio, con la consiguiente perplejidad de los grupos conservadores. Los dispositivos de control y sujeción conocidos ya no lograban la misma eficiencia de antaño, cundiendo la sensación de crisis. Parecía que, una vez más, los “hijos de las tinieblas” del modernismo pujaban por salirse con la suya, trastocando las bases mismas de la verdad y del orden dados al hombre por Dios y sus auténticos portavoces eclesiásticos.

Ahora bien, en tal situación, la Iglesia Católica hubo de enfrentar los diversos “signos” de la “debaque” en curso, buscando, a la luz de su misión trascendente, poder incidir en la orientación de los cambios en curso, los mismos que, como ya lo señaláramos, ponían en duda su auto-asignado rol de “madre y maestra” de la cultura secular. Obviamente, su empeño no le resultaría fácil en la medida que su autoimagen de exclusivo canal salvífico se mostraba, en muchos aspectos, inerte desde el punto de vista nocional y operativo ante la “amenaza de los impíos”, monstruo de mil cabezas que no solo pervertía por doquier a la humanidad, especialmente a los niños, la juventud, las mujeres y las fuerzas del trabajo, sino que incluso bregaba desde adentro de las propias filas eclesiásticas por liquidar o, a lo menos, debilitar los fundamentos de la fe, con la consecuente catástrofe para el conjunto de la vida social.

Su tarea de conducir a los hombres hacia su redención extraterrenal por vía de la demarcación moral de su conducta cotidiana, hubo de tener en cuenta no únicamente su normal sospecha respecto de una sociedad acechada por el mal y el pecado, sino también, los embates y emplazamientos a su autoridad expuestos por quienes pregonaban la renovación y salvación humanas desde otras perspectivas y confianzas – pensemos, por ejemplo, en toda estirpe de liberales, socialistas y anarquistas, así como de masones y protestantes, todos “hijos de Satán”, según los dichos de la época –, sin olvidarnos, por cierto, de aquellos que, sin proponerse ninguna

fórmula societal alternativa – librepensadores, racionalistas y “sensualistas” –, coincidían con los detentores de los nuevos “credos de la soberbia” en sus posiciones de rechazo y crítica del catolicismo clerical.

No obstante, como ya lo anunciáramos, y pesar de los temores que las circunstancias les imprimían, las jerarquías de ambos cleros, acompañadas por variados grupos del laicado católico conservador, tenderán rápidamente a batirse en el área pública contra sus objetores. Ciertamente, los cambios que hacia fines del siglo XIX se expresan en las prácticas de la espiritualidad popular (que dan cabida a formas de devoción de masas, como fue el culto a María Auxiliadora o la Virgen del Carmen), así como el reforzamiento del vínculo ultramontano con Roma a nivel de las distintas instancias jerárquicas, darán más respaldo y aliento a las iniciativas de articulación discursiva en el plano social, acerando los ánimos de cruzada. En efecto, si de un lado, las nuevas prácticas devocionales (de masas) brindaban a los clérigos la oportunidad de cerciorarse de que su adhesión pública se mantenía vigorosa, de otro, el estrechamiento de vínculos con la Santa Sede los alzaba a un plano de destacamento de causa mundial, mejorando la organización y formación del Episcopado chileno.

Empero, lo anterior no habría tenido los resultados de afiatamiento alcanzados si no hubiese existido, coetáneamente, otro factor tanto o más decisivo: el de la asunción, a su manera, del propio espíritu liberal en curso. Lejos de proclamar como método único de salvación, el puro recogimiento en la subjetividad piadosa, en sus actuaciones de defensa y de consecución de propósitos públicos, el sacerdocio nacional echó mano, en proporciones ascendentes, de los mismos argumentos y mecanismos de objetivación y delimitación de prerrogativas empleados por las tendencias liberales en su afán por sacudirse de la tutela religiosa en función de asentar el campo del espacio político que estimaban imprescindible para la consolidación de su poder y del “progreso de la nación”. Así, a pesar de que no cejarían en llamar la atención sobre lo perjudicial que sería que el Estado chileno declarara su neutralidad o prescindencia en materias de fe –asunto que, contradictoriamente, trasuntaba la rémora de un regalismo que, en los hechos, resultaba ya incómodo para ambas partes –, la articulación discursiva católica tuvo como centro dinamizador el cuidado y reclamo para sí de diversas libertades y autonomías en los campos de la educación, la asociación y la opinión pública.

Este desplazamiento prerrogativista fue dictándole a la jerarquía que su quehacer pastoral debía, de algún modo, valorar tanto o más lo social que lo estrictamente estatal. A fin de cuentas,

si bien la clase política (incluyendo a los conservadores) podía llegar a replantear las bases jurisdiccionales, ello, en ningún caso redundaría en la ruptura de la adhesión a la Iglesia por parte de un pueblo que, en las notas de la publicidad católica, comenzó a ser resignificado como eminentemente respetuoso y fiel a los hombres de iglesia. Es cierto que en la apelación a este público popular seguía prevaleciendo su categorización como gente ignorante y proclive a los vicios y, por tanto, individuos fáciles de embaucar por los enemigos de la fe; sin embargo, sea por genuina piedad o por mero cálculo de influencia, buena parte de la sensibilidad católica debió lidiar con tales desconfianzas propiciando, desde su seno, las acciones e instrumentos comunicacionales que renovarían la cohesión en torno a la visión cristiana de la vida. En resumidas cuentas, las palpables muestras de los errores y de la impiedad del modernismo liberal no sólo debían ser denunciados y rechazados por todos los hombres de fe, sino, también, las circunstancias debían ser aprovechadas para reforzar entre ellos el compromiso con la verdad de Cristo protagonizada por los párrocos, los obispos y el Papa.

Pero si la lucha contra “los vástagos de Voltaire”, es decir, contra los corruptores de la familia, la autoridad y la tradición requería emprenderse sin más demora, ¿cómo habría de llevarse a cabo? De entre las diferentes actuaciones de defensa de la Verdad, unas más conocidas que otras, una resultaría especialmente novedosa y desafiante para el clero y órdenes religiosas: la que hoy podemos conceptualizar, no obstante las precauciones que se deben adoptar, como *prensa eclesial de masas*. Y decimos de masas porque, ateniéndonos al fenómeno que describimos, el “público” que ahora debía ser atendido por la articulación discursiva católica excedía con creces, a lo menos potencialmente, a los habituales círculos receptores y consumidores del habla y prácticas tridentinas: las élites laicales y religiosas, las que, por lo demás, por sus hábitos culturales, disponían de otros recursos como comunidad lectora: los de la “gran prensa” de cobertura sino nacional, sí de difusión provincial (por ejemplo, diarios e inter-diarios como *El Estandarte Católico*, *El Porvenir* y *Diario Ilustrado*, de Santiago; *La Unión*, de Valparaíso, Santiago o Concepción; o publicaciones periódicas, como la *Revista Católica*, entre otras), por lo general, emprendimientos sostenidos por ámbitos de la civilidad conservadora que, como ya lo señaláramos, no por devota y obediente, quedaría completamente al margen de las sospechas eclesiales.

La prensa eclesial de masas se definió a sí misma como la *Buena Prensa*, apelación, como se aprecia, eminentemente moral. Sus concepciones ideológicas y operativas las podemos retratar en los siguientes aspectos.

En lo ideológico, la formulación de la Buena Prensa provino del contrapunto de dos valoraciones del hecho publicitario moderno. Siendo los impresos, en tanto invención e industria, un dato histórico y civilizacional aceptable y objeto de loas por parte de la clerecía, le resultaban a la vez absolutamente criticables en lo tocante a sus productos, empleos y fines, situación que redundó en la crítica y negación del conjunto de publicaciones – la gran mayoría – que no hacían sino promover el mal en la sociedad.

Asida, como estaba, de una visión donde ella y la verdad ontológica del ser del mundo se fundían absolutamente, le resultó imposible discernir, de los hechos de la cultura y del desarrollo de la opinión pública de su época, otra apreciación que no fuera la del avance de la impiedad y la liquidación de Dios. Los instrumentos de propagación de la incredulidad y la anarquía, como lo hemos dicho antes, eran las malas lecturas. Sus influjos, representados por el cúmulo de opiniones disparatadas y las imágenes pornográficas que en ellas campeaban, habían traído el desorden laboral, la pérdida de autoridad de los padres frente a los hijos, el aumento de las enfermedades nerviosas, de la prostitución, el alcoholismo, la destrucción del santuario del hogar, y la creciente falta de obediencia – contumacia mediante – entre las mujeres.

Pero a la par con su rechazo a cualquier libelo que fuese tenido por la Iglesia como parte de la prensa liberal e impía, también encontramos en estos emprendimientos, como ya se mencionó, una valoración positiva de la prensa y de los impresos como invención y vehículo formidable de la humanidad que, bien pensados y practicados desde la fe, harían un aporte inconmensurable a la causa de la renovación en Cristo. De ahí la *Buena Prensa*, la prensa de lecturas sanas, morales y edificantes que todo creyente honesto debía no solo leer, sino también llevar a su hogar, al taller, a los fundos y chacras, a los dispensarios, cárceles y lugares de beneficencia, apoyando materialmente a su mantención y difusión convirtiéndose en celadores y celadoras de estas obras de bien, y aún exigirlas en el medio parroquial, los cafés, restaurantes, cines, teatros y demás puntos de reunión humana y de expendio público de periódicos, gacetas y revistas. No hacerlo, sería señal de traición y cobardía, sería hacerse cómplice, como católicos tibios e hipócritas, en los empeños de ruina de la Patria.

Este segundo aspecto de valoración positiva, dispuso, a su vez, de otras nociones tendientes a la mayor comprensión y operatividad de la Buena Prensa. Describámoslas:

a) La fe y la prensa. La fe y sus verdades, para ser asumidas, debían ser conocidas y expuestas abiertamente. Los medios tradicionales de difusión, llámense estas escuelas, patronatos o púlpitos, siendo relevantes, ya no eran suficientes en la época moderna. En adelante, la labor de los hombres de fe quedaría incompleta si no se dispusiera de buenos diarios y buenos libros.

b) Las ideas y la prensa. Las ideas en la época moderna construían la realidad, y quienes controlaran su divulgación, controlarían el poder, más cuando ahora, por sobre las tribunas y las cátedras, la prensa venía demostrando ser el órgano principal en esta lucha. Por lo demás, el problema se había vuelto aún más grave si se tomaba en cuenta que los influjos de la prensa se habían separado de sus autores o emisores, no importando ya si ella comunicara cosas buenas o malas.

c) La prensa y la acción política y social. Considerando el poder social de la prensa contemporánea, ella era la que en buena medida determinaba la elección y actuación de parlamentarios y gobiernos, “[...] y como hoy el poder público lo es todo, desconocer la importancia decisiva de la prensa, para la Iglesia sería un error gravísimo”. Por su parte, ya que el objetivo de la salvación pasaba porque se diera una respuesta católica al problema de la “cuestión social”, era primordial que la Iglesia contara con los medios de persuasión suficientes a través de una activa propaganda. “Esas turbas que veis con frecuencia girar por las poblaciones, desmoralizadas, insolentes, incrédulas, revoltosas [...] son el fruto de los malos periódicos liberales o demócratas que leen [...]”. “Se prepara en el mundo un drama social en cuya comparación la Revolución Francesa fue como un idilio...el porvenir se presenta rojo, sangriento, ateo y amenazador”. (SALCEDO VALDIVIESO, 1903, p. 8).

d) Las tácticas de los católicos y la prensa. Estando claros los males y sus causas, la actuación de la Buena Prensa debía guiarse más por las tácticas de los católicos alemanes y belgas y no tanto por las de los franceses. Estos últimos, preñados de liberalismo, habían encerrado a la Iglesia en sus conventos y obras pías, como si el asunto de la salvación fuese una cuestión sólo individual y privada. El verbo de Cristo debía cubrirlo todo, lo público y lo privado, para asegurar su reinado. Y si bien las tendencias democráticas del presente podían salvaguardar los bienes y

valores de los creyentes, ello no era seguro, de suerte que por vía de la Buena Prensa, “los soldados de Gutenberg” debían defender la ciudad de Dios.

e) Los católicos y su prensa. Finalmente, la Buena Prensa convocaba y ordenaba a sus adherentes a cumplir con una serie de tareas. En primer lugar, se les indicaba qué debía y qué no debía ser prensa católica. Esta, tuviera o no ideal político, era católica sólo si: a. Sostenía en su integridad la doctrina de la Iglesia, sin peros ni distingos; b. Inculcaba y practicaba la moral católica en toda su pureza; c. Se sometía a la autoridad de la Iglesia, del Papa y de los obispos, punto que se sintetizaba en la exigencia imperativa de tener que someterse a la censura de la Iglesia (autorizaciones de los superiores, de los ordinarios, obtención del *Imprimatur* y *Nihil Obstat*).

Luego, a los sectores pudientes se les imponía el deber de aportar generosamente al financiamiento, mantención y distribución de los medios. Crear e integrar centros parroquiales de la Buena Prensa; contratar suscripciones abundantes (de 100 o más ejemplares mensuales por año) para su distribución gratuita en haciendas, empresas, establecimientos comerciales, oficinas. Contribuir, con su óbolo, al sustento de redactores, pagos de servicios de imprenta, correo, etc.; Enviar artículos, reflexiones, creaciones, ayudar a traducciones. Colocar sus relaciones sociales al servicio de esta causa, por ejemplo, para la contratación de avisaje o para influir para que no se comprara literatura inmoral.

A los párrocos, ayudar con su prédica constante; ofreciendo misas a los benefactores; creando centros, ligas o apostolados de la BP; con la creación y distribución de las hojas volantes, boletines, revistas, vigilando su rectitud; organizando bibliotecas parroquiales, haciendo recolección de los buenos libros y diarios y, de los malos, para su destrucción. Haciendo colectas, rifas, veladas artísticas para la obtención de fondos.

Los grupos pobres, con la lecturas sanas; con el traspaso de las buenas lecturas a amigos y conocidos; vigilando las lecturas del hogar (trabajo especialmente encomendado a las madres), llevando las producciones buenas e impías a la parroquia; las buenas para formar bibliotecas o entregarlas a nuevos lectores, las otras, para su desaparición.

Finalmente, todos: seculares, regulares y la diversidad de adherentes laicos, debían leer y lucir orgullosos la Buena Prensa, en particular en lugares públicos, colegios, asociaciones obreras, tranvías, etc.

A. La Buena Prensa en sus definiciones

Durante la última semana de noviembre de 1904 se realizó en Santiago el Primer Congreso Eucarístico Nacional. (Cf. PRIMER, 1905).² Además de sus repercusiones para el ordenamiento de la vida religiosa de las diócesis del país, constituyó un momento relevante en la definición del quehacer institucional en materias de comunicación pública o, en palabras de entonces, para el desarrollo de la buena prensa. Un hecho que conviene adelantar a este respecto, es que a la luz de las opiniones y acuerdos que acerca de la prensa católica consignó el encuentro, un año y medio más tarde, en 1906, la Arquidiócesis de Santiago organizará la Sociedad de la Buena Prensa, teniendo como referente a su homóloga española, fundada en Sevilla en 1904.

El punto, incorporado en el Congreso en la *Sección de obras sociales*, se convertía así – por vez primera en un torneo eclesiástico – en un tópico ineludible de la acción pastoral del clero, circunstancia que, más allá de los resultados que caracterizarán su concreción en el siglo XX, no hacía sino señalar un hito, un instante que, de algún modo, venía a sancionar la ampliación que era menester realizar en el terreno de los usos y prácticas lectorales y divulgativas de los impresos. Lo que queremos decir es que, al ponerse en tabla el “problema de la prensa”, lo que el Congreso buscó debatir fueron los modos de superación (no la eliminación) del concepto privatista y restringido que mayormente había primado en torno a los productos gráficos, empleos que, por lo general, o habían tenido una función primordialmente formativo-meditativa (particularmente entre frailes, sacerdotes y seglares cultos), o habían significado uno de los varios modos expresivos de la sujeción y obediencia entre los fieles de devoción más espontánea y ritualizada.

En adelante, y sin perder por cierto el tono eminentemente apologético que seguiría determinando el contenido de los mensajes de la edición católica hasta mediados del siglo XX, veremos aparecer un muy nutrido panorama editorial protagonizado de manera sobresaliente por un ámbito hasta ahora escasamente revisado por nuestra historiografía: me refiero al área de las publicaciones seriadas (boletines, revistas) y monográficas (libros, opúsculos o folletos). Junto con ello, se hace también posible conocer la evolución que fue tomando este impulso, irrumpiendo a nuestra vista variados datos que, como tendremos ocasión de abordar, dan cuenta de la conformación de un campo comunicacional y de gestión difusional nada despreciables.

Sin ser un asunto en que antes de 1904 se gastara mucha tinta y palabras, no podemos decir que la preocupación por lo comunicacional fue un aspecto ausente entre la jerarquía y figuras prominentes del laicado católico.³ Desde luego, la creación de la *Revista Católica*, en 1843, o su reemplazo temporal por el diario *El Estandarte Católico*, entre 1874 y 1891, nos advierten de los esfuerzos emprendidos por la Diócesis capitalina en aras de contar con mecanismos que contribuyeran a la divulgación de las visiones eclesiológicas o que se dispusieran a su defensa en años de evidente beligerancia con los intereses que bregaban por la supremacía de las premisas laicistas en la organización y dirección de los asuntos públicos y estatales.

A la destacada actuación a favor de los medios de comunicación católicos que cupo a los Presbíteros Joaquín Larraín Gandarillas, Esteban Muñoz Donoso o Rodolfo Vergara Antúnez, se unió la no menos notable disposición de laicos – con mayor o menor apego al conservadurismo – como Zorobabel Rodríguez, Manuel José Irrázaval, José Clemente Fabres, José Bernardo Lira, entre otros. En este campo, unido a su enorme despliegue dentro del asociacionismo católico, un rol de primera línea fue el desempeñado por Abdón Cifuentes Espinoza. Como gestor o colaborador, deben citarse sus aportes a iniciativas como *El Bien Público* (periódico, 1863-1864), *El Independiente* (diario, 1864-1890), *La Estrella de Chile* (revista literaria y religiosa, 1867-1879), *El Porvenir* (1891-1906) y *El Chileno* (1883-1924). Varios de estos rotativos fueron replicados bajo sus oficios en diversos lugares del país, siendo el caso más exitoso la creación, en 1885, de *La Unión*, en Valparaíso.

Lo anterior, no comportando escasez para las necesidades del discurso público católico, no alcanzaba para colmar las expectativas de una Iglesia que insistiría en el objetivo de disponer de voceros que efectivamente y sin asomo de imprevistos, la sirvieran incondicionalmente, eludiendo de esta forma veleidades personales y transacciones doctrinarias que, con frecuencia, acometían no pocos de sus partidarios civiles producto de la negociación política, sus amistades y familiaridades liberales, o por mera adecuación a las circunstancias imperantes. En breve, no obstante la experiencia del periodismo católico y sus adherentes había resultado positiva a los propósitos más preciados de la clerecía, en especial en períodos tan tensos como los vividos con el poder civil hasta la Revolución de 1891 – de suerte que se debía cuidar y perseverar en sus beneficios – ello no impedía que igualmente la Iglesia buscara ampliar las alternativas de presencia pública en el anhelo de que cristalizara un periodismo y una prensa genuinamente católicos ¿Qué podría significar esto y, más todavía, qué contornos podría asumir su realización

en la perspectiva ya indicada de superación de las prácticas habituales de edición y lectura en el mundo católico? Veamos.

En 1872, a instancias de la próxima aparición del *Estandarte Católico*, el dominico y futuro Arzobispo de Santiago, Crecente Errázuriz, exponía, a propósito de la urgencia de contar con un periódico católico, que la prensa, puesta al servicio de la verdad, podía esparcir por *doquiera* el conocimiento y la ilustración, transformándose así en el medio más excelso del “lenguaje universal de esa gran familia que se llama humanidad”. Pero, si en vez de ello, se abocaba a diseminar el “error y la pasión”, su daño a la sociedad alcanzaba magnitudes cuantiosas.

La solución a tan crucial circunstancia solicitaba entonces la instauración de un periodismo verdaderamente moral, capacitado para proclamar en todo momento “la verdad y sólo la verdad”, dispuesto a “enarbolar el estandarte católico” llamando a la lucha “a todos los hombres dignos”, mostrándoles la obligación de combatir en todo instante y lugar a favor de la buena causa, evitando dejar los destinos de la sociedad en manos de los menos aptos, los mismos que la habían colocado “en la pendiente de la desgracia y la ruina”. En tal demanda, el periodista y el periódico católicos no podían considerarse figuras independientes y cercanas a la vanidad, al contrario, su condición no podía sino ser la de “soldados” cuya máxima gloria radicaba en cumplir constantemente con su deber: “Hijos fieles de la Iglesia, apreciarán en mucho la noble tarea de defenderla contra los continuos ataques de la impiedad”. A mayor abundamiento, Errázuriz concluía que el periódico católico debía ser el eco de las ideas del “partido católico”, su órgano y representante para con amigos y enemigos. Y si ello debía ser así, la jefatura suprema del periódico debía corresponder al “jefe natural de este partido”, esto es, el Obispo “¿Quién sino él –remataba el dominico- ha de mostrar a sus hijos la línea de conducta que deben seguir, los peligros que deben evitar, el fin que es menester dirigir sus esfuerzos”. Lo contrario era poner en manos de los legos la dirección de la Iglesia, lo que equivalía a la destrucción de la obra de Dios. (ERRÁZURIZ, 29/08/1872).

Sin duda que la alocución del Errázuriz recogía la alarma de la arremetida laicista liberal que se verifica a partir de los años 70 del siglo antepasado, como bien ha descrito recientemente Sol Serrano (2002), no obstante, hay en sus dichos un par de elementos que discurrirán frecuentemente en el discurso católico frente a la tematización de la comunicación pública, a saber, que la prensa del sector debía disponer de un apego irrestricto al magisterio jerárquico y

que el único modo efectivo de obtener tal garantía pasaba porque la orientación y dirección editorial de este quehacer periodístico, estuviese enteramente regido por la autoridad eclesial. De otra forma, la Verdad, su difusión y defensa, verían afectadas sus posibilidades, con el consecuente debilitamiento de la fe y del orden institucional.

Una década más tarde, el periodista, escritor y presbítero Rodolfo Vergara,⁴ resumirá los esfuerzos de la publicística católica – que él ha conocido de cerca – enfatizando en aspectos que estima cardinales.

En la eterna lucha entre el bien y el mal, expone, el católico disponía en el momento de un arma poderosa para incorporarse a una contienda donde, a diferencia de las guerras reales, no corría sangre ni lágrimas: el arma de la prensa, cuya “noble y santa misión”, lo mismo que de la palabra, consistía en propagar la verdad en tiempos en que, a su juicio, se había declarado la guerra a ella a través de la eliminación de Dios de las instituciones públicas:

Negar y destruir, he aquí toda la obra y toda la gloria del liberalismo impío. Para salvar a la sociedad y alejarla de los abismos es preciso restablecer el reinado de la verdad católica en las almas y contener la corriente de lo falso (que) por infiltraciones sucesivas, está envenenando la sangre de las generaciones que llegan a la vida. (VERGARA ANTÚNEZ, 1884, p. 126-127).

Cierto era – argumentaba Vergara – que la voz de los pastores se levantaba a diario para condenar el cúmulo de mentiras que se propalaban entre las gentes, sin embargo, ello ya no era suficiente, “los que la escuchan son los convencidos y no los que han perdido la fe o requieren de ella”:

A este terreno – aludiendo el conferencista a la prensa y a la publicación de libros- bajan pertrechados de calumnias los que quieren desacreditar las enseñanzas de la fe; a esa arena bajan armados de la mofa y del escarnio los que pretenden envolver en el ridículo las santas prácticas de la religión: falsean los hechos históricos, generan narraciones inmorales y cuentos lascivos que acechan la inocencia, pues este es el camino más corto para exacerbar las pasiones. (VERGARA ANTÚNEZ, 1884, p. 128).

Preciso era, por tanto, situar la lucha en el mismo terreno en se situaba el ataque. La defensa de la fe ya no podía reducirse únicamente a una vida religiosa observante y limitada a los templos. A juicio del presbítero, era llegado el momento de tomar la ofensiva, reconquistando lo perdido. Y siendo el principal foco de ataque los principios de la fe, alentaba a su audiencia a organizar un poderoso movimiento propagandístico a favor de las enseñanzas de la Iglesia.

No desconocía el charlista que el empeño era arduo y que importaba crecidos costos, pero espetaba “¿No hay por ventura en este país católicos bastante desprendidos que tengan voluntad de invertir algunos escudos en la defensa de su fe? ¿Sería mucho exigirles que economizacen (sic) algo de lo mucho que se malgasta en satisfacer las exigencias de la vanidad y del lujo?”

Y siendo aún más incisivo en sus emplazamientos, interpelaba a sus oyentes por el apoyo que muchos católicos brindaban a la prensa liberal mediante su lectura y suscripción: “¿Qué nombre merece aquel que en tiempo de guerra presta amparo y auxilio a los enemigos de la Patria?, ese sería un traidor”, respondía, reprochando estas conductas. Finalmente, endilgaba una última cuestión: “Cuando la patria amenazada en su hora pidió soldados, los encontró a millares; y cuando la Iglesia, amenazada hoy en sus derechos y libertades pide defensores ¿Se le responderá con el silencio, con la indiferencia, con la inacción”.

Ante tan contundentes palabras, la sesión de la Unión Católica hubo de adoptar una resolución por la cual se llamó a los católicos del país a comprometerse sin más dilaciones en el apoyo de su prensa. En cierta forma, los términos del acuerdo, fijó varios de los aspectos que de común se harán presentes en otras convocatorias que irán apareciendo en aras de recordar a la feligresía sus deberes para con la buena prensa. De manera explícita, la resolución pedía sostener, proteger y difundir los diarios y periódicos y, en general, todos los impresos surgidos de su seno, por medio de subvenciones, suscripciones, contratación de avisos y demás recursos que contribuyeran a acrecentar su importancia. En especial, se debía prestar auxilio a los medios destinados a las “clases más numerosas y menos favorecidas por la fortuna”, así como abstenerse de comprar y leer los impresos donde se atentara contra la fe. De igual forma, se alentaba la creación y protección de bibliotecas populares destinadas a la facilitación de la lectura de los buenos libros.

Como podrá apreciarse, en la última parte del siglo XIX, la problemática comunicacional de orden masiva fue cobrando cada vez mayor notoriedad en las reflexiones y expresiones de componentes destacados del clero y sus apoyos laicales, propiciándose un continuo flujo de alertas y llamados a hacer todo cuanto fuese necesario para neutralizar la ingente impiedad y peligros que entrañaba la propaganda de los enemigos de la fe.⁵ Gravitaba en esta intención no solo una cierta interpretación adversa a los hechos de una renovación epocal que indudablemente no se avenía a los fundamentos teológicos y eclesiales que se seguían profesando y que, por lo demás, se buscaba seguir exponiendo – de ahí el manifiesto interés de que la prensa a sostener

tuviese un marcado control y contenido doctrinarios –, sino también, la evidencia de que se había llegado tarde al escenario de la disputa de la conciencias. Los otros, es decir, los adversarios partidarios del liberalismo, la masonería, del modernismo, el protestantismo o el socialismo, les llevaban décadas de ventaja, con el consecuente influjo sobre la población, multiplicándose los signos de la impiedad, la soberbia y la alteración de los valores.

Con los inicios de la *Sociedad de la Buena Prensa* (abril de 1906), la comunicación social católica, en cuanto concepto, recibirá un impulso más sistemático, tanto a través de la fijación de la base nocional de la Buena Prensa, como por la divulgación de ella en notas periodísticas, artículos de revistas y, en especial, la edición de folletos que comenzaron a ser repartidos nutridamente en parroquias, cofradías, asociaciones, patronatos y otras obras sociales. Sobresalieron en estos afanes de redacción de compendios y de difusión, sacerdotes regulares y seculares que por su formación, talento y adhesión a esta causa, se repetirán frecuentemente como los principales adalides de esta misión: Gilberto Fuenzalida, Bernardo Gentilini, Martín Rucker, Carlos Silva Cotapos, Luis Silva Lazaeta, Tomás Véliz, Miguel Miller, Julio Restat, Miguel Claro, Rafael Edwards, Alejandro Vicuña, y diversos superiores religiosos y canónigos cuya actuación se expresó primordialmente como editores y administradores de una cincuentena de revistas y boletines literario-religiosos aparecidos entre fines del XIX y el primer tercio del XX.

No nos detendremos llamando a este lugar la tupida gama de citas y pareceres que en su momento estamparon cada uno de los personajes anotados respecto del sentido y forma que debía tomar la prensa eclesial. En subsidio de ello, disponemos de un par de entradas que sintetizan de buena manera el talante doctrinario por el cual se pretendió conformar la estrategia de la vocería pública institucional durante las décadas en que ella se propuso abordar la opinión pública sin dejar atrás nada de lo que estimaba valioso y, por tanto, plenamente vigente.

En 1908, la Sociedad de la Buena Prensa y la *Revista Católica*, dan a la circulación el texto propedéutico *La Obra Fundamental* – la prensa – de la que harán sucesivas reimpresiones para su distribución en distintos puntos del país. (LA OBRA, 1908).⁶ Compuesta de siete acápites, su elaboración y técnica retórica no se aparta en nada del modelo habitual de adoctrinamiento religioso, esto es, en primer lugar, la señalización de la premisa, para luego inferir de ella las implicancias y consecuencias para la vida cotidiana. Intercalados en cada uno de los párrafos, se incluyen referencias y voces de personajes relevantes del catolicismo mundial,

comenzando por los Papa, mecanismo que tenía por objeto asentar la veracidad de todos y cada uno de los argumentos.

Comienza el folleto con la respuesta a la pregunta por lo que en el presente era la obra fundamental: la prensa, expresión esta que si bien remitía principalmente a la de orden periódica, no dejaba de hacerse extensiva a todo tipo de impresos. Como modo de precisar su relevancia para los hombres de fe, se arguye luego que ella ha de ser conceptuada como el factor de mayor incidencia en los fines de salvación en que debería estar empeñada la Humanidad. El silogismo empleado a este respecto señalaba: 1. Si la finalidad de la vida del hombre consiste en la salvación de su alma, 2. Ha de indicársele a este el modo correcto de hacerlo, por tanto, 3. La prensa debería contribuir a ello, ingresando al plan divino.

Como resultado de las propias luces que el Cielo ha aportado a sus criaturas, la prensa tendría la capacidad de allanar la consecución de la meta redentora, resultando en este sentido un instrumento muchísimo más potente y eficaz que las formas ya conocidas de expresión de la Verdad: la palabra del cura y las buenas obras. Más aún, como la vida moderna facilita la pérdida de contacto entre el párroco y sus fieles, el libro bueno, la hoja misionera o el periódico recto, son la forma de acompañar al individuo que por diversas causas se ha alejado de su pastor. La tinta de los impresos católicos sería entonces, semilla de cristiandad permanente.

Pero los buenos efectos de la prensa no sólo tocarían a la vida particular de los individuos, sino también a su convivencia social, cuestión aún más decisiva para el aliento de la buena prensa. En efecto, si las ideas – según el folleto en revisión – inspiran y dirigen los actos y de ellos dependen, en definitiva, la calidad del orden moral y social, resultaba igualmente imprescindible contar con impresos que, al moldear ideas y conductas sanas y dignas, abonaran a fortalecer la convivencia, el orden y el respeto, alejándose así los peligros de la anarquía y la desintegración.

Esta confianza en el rol demiúrgico de las lecturas sobrevenía –¡oh, paradoja!- de la constatación de su opuesto: del mal que la prensa (la mala prensa, por cierto) venía produciendo en la historia desde hacía un par de siglos a raíz de haber quedado mayormente secuestrada en manos de temerarios y descreídos. Sea como fuera, lo concreto, de todas formas, era que en la época actual ella era la síntesis de la vida moderna: no sólo formaba la opinión de los pueblos, decidiendo la suerte de los gobiernos y las leyes, sino a la vez, atraía para sí a toda la maquinaria de la moderna producción y su inventiva: los fabricantes, los ferrocarriles, las naves marítimas, el

telégrafo, los bancos, los comerciantes, etc., todos debían estar atentos a atender sus demandas y a escrutar en sus tendencias.

La prensa y sus realizaciones, como podemos observar, se imponían, y nada podía ser más lesivo a los intereses de la Iglesia que seguir negando sus hechos o, peor aún, que los católicos la abordaran como cosa natural sin discernir sobre sus malas consecuencias. En pocas palabras, su vigencia no era el problema, sino las consecuencias inmorales y anticristianas de su actuación. A su mala versión, había que oponer la manera correcta y benéfica de ella que únicamente podía darse a partir de la función de comunicadores de recta fe.

En el apartado cuarto – El diario y la acción política – el texto entra de lleno en la relación prensa-sociedad, en especial en lo determinante que para la obtención del apoyo público y electoral, resulta contar con periodistas e impresos favorables a la causa divina. La experiencia de Europa así lo demuestra: ahí donde, por la abundancia y aceptación de periódicos, revistas y libros morales, se logra captar las simpatías de los ciudadanos – como en Alemania, Bélgica, Inglaterra o España –, la Iglesia ha podido sentirse segura en sus fueros. Lo mismo ha ocurrido incluso en un país con mayoría legislativa anticlerical, como es Francia, pues los triunfos alcanzados últimamente por los candidatos regionales proclives a la tradición, se debió porque en esos lugares han existido, primero que nada, poderosos medios católicos. La conclusión, en consecuencia, era clarísima: la debilidad de la Iglesia se correlacionaba con la ausencia o existencia de variados impresos.

Pero no solo en el ámbito puramente político esta correspondencia estaba reflejando su poder; también, y de manera muy encarecida para los católicos –de acuerdo a lo que se nos expone en el capítulo quinto de *La Obra Fundamental* – este vínculo con los medios de comunicación tenía mucho que ofrecer en el área de la Cuestión Social, problema que a la par con proporcionar un campo de suyo vital para las obras católicas, debía ser cubierto por una intensa evangelización. Nuevamente en esto los hechos hablaban con contundencia: la acción subversiva y disgregadora del socialismo en el norte del país, que se estaba traduciendo en constantes huelgas y descatos a la autoridad, disponía por base su intensa propaganda en periódicos y folletos, y como ya había sido dicho por las sabias palabras de los Papa, había que oponer diarios contra diarios. No le había faltado razón al socialista alemán Bebel, cuando había señalado que la fuerza del socialismo alemán descansaba en la multitud de periódicos que cubrían su nación.

Pero el ejemplo de los socialistas europeos –que estaba siendo replicado también en Chile, en mención de *La Obra* – si bien podía tenerse como causal en la promoción de las doctrinas insanas y su corolario de protestas obreras, no debía limitarse a esta sola vertiente de explicación. Siempre de acuerdo al apartado sexto que comentamos, en el desarrollo de una prensa católica que enfilara sus preocupaciones por los temas políticos y sociales, cabía también poner atención a los nacientes mecanismos democráticos, explícitamente, los mecanismos electorales y de ampliación del derecho a voto que estaban cundiendo a nivel mundial. Insertando declaraciones de Gibier, obispo de Versalles, se señalaba que “hemos comenzado a depender del sufragio universal, 9 de cada 10 elecciones consideran hoy al pueblo”, y como en los pueblos las nociones políticas y del adecuado ordenamiento social se hallaban falseadas e incompletas ¿cómo iba a ser urgente ver la necesidad de la prensa, de diarios que enseñen y divulguen en ellos las nociones verdaderas y sanas?⁷

Para contener a los obreros, para ilustrarlos, dirigirlos y salvarlos de los “seductores”, bien se podía seguir contando con el ejército y la Iglesia, pero ambos pronto serían impotentes si no se disponía de la prensa y su poder. Las circunstancias de la época impelían mayor acción social católica, pero para que ella fuese completa, ya no eran suficientes las obras de caridad y de educación, por lo demás segmentadas por edad, sexo u oficio. A las tradicionales obras del clero y laicos, se debía sumar, para acompañar, complementar y fortalecer, las obras de los buenos escritos. Estos, por su naturaleza, obviaban la dispersión y llegaban a todos a la vez, mucho más allá de la parroquia, del patronato o el dispensario. De paso, la simultaneidad y amplia cobertura del antídoto de la buena prensa, permitiría subsanar la no poca indiferencia y la tendencia al refugio hogareño de los católicos, en particular de los más pudientes.

Este llamado de atención acerca del modo cómo los sacerdotes y laicos debían comprender la función de la prensa en los tiempos modernos –su crucial impacto para con la política y la sociedad-, entregando, por tanto, su concurso a la buena prensa, lleva a *La Obra* a hacer hincapié (capítulo sexto) en una cuestión de orden eclesiológica, a saber, la definición del rol que debería cumplir la Iglesia, en tanto manifestación orgánica de jerarquía y fieles, respecto de la salvación, la función profética de Cristo y la lectura escatológica de los tiempos. En la práctica, la detención en este punto, importaba dotar al mensaje a favor de la prensa –que podía aparecer extraño a los quehaceres espirituales corrientes del clero – de una dimensión teológica de primer orden, revistiéndola de los blasones necesarios al convencimiento.

Si, a diferencia de las disputas que habían acontecido en Europa, en Chile no cabía la discrepancia entre los partidarios de la *tesis* y la *hipótesis* – la pureza doctrinaria prevista por la *tesis* estaba sólidamente asentada como objetivo primigenio y permanente de la buena prensa-, en materia de *táctica* o forma de actuación, no existía unanimidad. De un lado, estaban quienes preferían que la Iglesia centrara su actuación exclusivamente en una religiosidad individual y privada, promoviendo el culto y, a lo más, se preocupara de los desvalidos mediante escuelas, sanatorios o círculos de caridad. A falta de acierto humano, la Providencia se encargaría de proveer y ordenar. Los inclinados a esto, a juicio del folleto, eran quienes veían con horror que la Iglesia se inmiscuyera en terrenos y problemas que no le eran propios, de suerte que no era de extrañar que las instituciones del Estado, tal vez si legítimamente, pugnarán por apartarla de los negocios públicos. A estos los califica de “partidarios de la táctica francesa”, en alusión a católicos galos que, traumatados por las repercusiones que había generado la Revolución de 1879, proponían una “Iglesia defensiva” y circunscrita a tareas puramente espirituales y contemplativas.

Por doctrina y por los hechos, esta táctica francesa, esgrimía *La Obra*, estaba condenada al fracaso. Y no porque careciera de razones, sino porque era “incompleta”, como el propio Presidente de las Conferencias San Vicente de Paul (de origen precisamente francés) podía atestiguar: la caridad sin prensa no serviría de nada, lección nada irrelevante que sí había sido asumida por los católicos alemanes, desde la década de 1870.

En su caso, la *kulturkampf bismarkiana* les había hecho ver que la sola labor espiritual y benéfica no podía bastar a la Iglesia, más cuando tenía que convivir con fuerzas hostiles y transgresoras de sus derechos. No contar con prensa era construir sobre arena: se podían tener magníficas casas de acogida, excelentes hospitales o comedores, buenos colegios, magníficos templos, etc., pero nada de ello podría resguardarse como era debido, si los católicos no comprendieran, a la vez, que su preservación también requería hoy en día de su actuación pública, sea en los puestos del Estado, de los gobiernos regionales, como en su desempeño a través de la pluma y el impreso. La vida de un creyente no se agotaba en lo puramente privado, sino que también debía exponerse en lo público, es decir, en lo social y en lo político.

Reseñada, con abundancia de argumentos, la importancia de la prensa en el mundo actual y la conveniencia práctica, eclesial y teológica de que los fieles – particularmente los más ilustrados y acaudalados – contribuyeran cuanto antes a cimentar poderosos medios escritos y la

difusión de buenas lecturas, el capítulo final de *La Obra* discurre latamente por las innumerables alternativas que podía y debía adquirir este apoyo.

Desde luego, la convocatoria arrancaba por consignar el ideal de producto a producir y en orden al cual se debían disponer los sustentos y colaboraciones. Los impresos católicos debían ser atractivos, bien escritos y los mejor informados. Debían ocasionar deseos de leerlos, de respetarlos y de mejorarlos, evitándose toda crítica pública por eventuales deficiencias. A esta empresa estaban todos los católicos invitados: ricos, pobres, hombres de letras, párrocos, distribuidores, jefes de hogar, madres preocupadas por la formación de sus hijos.

Los hombres de fortuna⁸ debían concurrir con generosos aportes, óbolos, cuotas, limosnas, suscribiendo acciones en las sociedades comerciales que habría que crear, concitando la participación de otros acaudalados, movilizandolos la buena causa entre sus contactos de alto nivel. En caso de que dispusieran de talento literario y cultura, se les pedía también poner su pluma al servicio de los “sanos propósitos”, colaborando con traducciones o instruyendo al personal menos calificado. No menos oportuno sería que tomaran un buen número de suscripciones, de modo que la buena prensa llegara a lugares que, necesiéndola, no disponía de recursos (obras sociales, hospitales, cárceles, colegios, clubes, peluquerías, mutuales de obreros, etc.).

Más allá de la élite, y sin olvidar que todos – ricos y pobres, seglares y religiosos- debían ofrecer constantes preces y oraciones por el éxito de la obra – como toda obra de apostolado católico, la prensa requería también de auxilios sobrenaturales- la labor a emprender ofrecía numerosas acciones a ser cubiertas: la suscripción personal y de otros al diario católico; el reclamo de su oferta en el comercio establecido o ambulante; su lectura en lugares públicos: bares, cafés, oficinas, tranvías, trenes, etc., escenificación que por sí misma daría publicidad y curiosidad por su consulta; contratando avisaje en sus páginas; colaborando con notas e informaciones; obviando piadosamente sus defectos para no dar armas a la prensa impía. En complemento, mucho beneficio se haría también al impreso moral evitándose la lectura y compra de la prensa enemiga, esa “celada tendida a las almas de bien”. En ella no sólo estaban los periódicos y libros abiertamente contrarios a la religión, sino también aquellos que, tras el ropaje de prensa profesional e independiente, eran aún más perversos, por hipócritas, que los impresos irreligiosos.

Pocos años después de aparecida *La Obra Fundamental*, el presbítero salesiano Bernardo Gentilini publicará *La prensa y su apostolado social*. (GENTILINI, 1924). En él se recogen todos

los tópicos de *La Obra Fundamental*, añadiéndose otros destinados a exaltar la prominencia que en materias de difusión de la fe debían tener los libros. Dada la reiteración de estilo y contenido, damos por muy probable que el autor del libelo que hemos reseñado, fue, específicamente, este sacerdote.

Habiendo consagrado enteramente su vida religiosa al objetivo de crear y sostener un espacio para la edición y publicación de libros y folletos de apologética católica – el Apostolado de la Prensa –, la personalidad de Gentilini brilló con luces propias en el terreno editorial eclesiástico chileno de las primeras tres décadas del siglo XX.

En su acepción, el libro era el *non plus ultra* de la cultura humana. Al residir en ellos la lumbre del intelecto y la creación de siglos, serían la guía de la humanidad.

Todo germen, bueno o malo, está ahí – exponía –, esperando que las brisas del tiempo le lleven a fecundar alguna inteligencia humana. Los libros han conquistado más que todos los conquistadores; han asolado más que todos los Atilas, han sembrado más que todos los apóstoles.

Su capacidad para “mover al mundo entero”, como lo había dicho el “impío Voltaire”, no tiene parangón, sobrepasando con creces a la prensa diaria. Como la flor, el periódico vivía un día, para luego perecer, lo que lo obligaba a tener que “renacer cada día”, con gran esfuerzo y trabajo. Sus huellas, por tanto, no podían sino ser superficiales y efímeras. No obstante, en su “rapidez”, eran irremplazables. Los libros, en cambio, “como los cedros centenarios”, eran de muy longeva vida, resistiéndose a desaparecer, y de los profundos surcos que habrían en el alma de los hombres, podían brotar espléndidos frutos. Terminada su faena, podían permanecer largas estancias en anaqueles de bibliotecas, hasta que les fuese nuevamente demandada su fecunda labor.

Dicho así, claramente para Gentilini la vida del libro era prácticamente inmortal, más cuando, bien pensado y mejor escrito, permanecería por largo tiempo entre los intereses de los hombres. Su valoración, “aún por los malos”, era alta, siendo muy bien recibido como regalo o recuerdo. Es cierto que no pocas veces su presencia podía pasar inadvertida, cubriéndose por gruesas capas de polvo, pero al llegar las horas de la soledad, de la angustia o de la imperiosa necesidad de contar con luces que rescataran al individuo de su orfandad, su ser, cual Lázaro resucitado, vendría a socorrernos vivamente. No de otro modo lo demostraban las admirables páginas de San Ignacio; San Agustín, l’Ermite o de un Aquino, sin dejar de lado a los más recientes, como Bazin, Coloma, Balmes, de Maistre, Lacondaire o Veuillot.

En directa relación con la conceptualización excelsa que Gentilini hacía del libro y sus autores – diríamos, aristocratizante –, estuvo también la ponderación igualmente selectiva de la lectura de ellos. No cualquier impreso acusaba la misma calidad, habiéndolos buenos y malos, distinción que, como ya observamos en el campo periodístico, tenía que ver básicamente por lo que estimó eran lecturas morales y edificantes, en contraste con los textos disolventes y “pornográficos”, tan al gusto del modernismo en boga. Esta última, correspondía a una literatura ruin y peligrosa, en especial para las frágiles mentes de niños, mujeres y jóvenes.⁹

Para graficar sus apreciaciones, recurre a analogías fisiológicas y de la naturaleza. Habiendo alimentos nutritivos y fortalecedores del organismo, así, a la vez, los había dañinos y venenosos. Y así como había flores de néctares y aromas saludables en jardines y campos, no faltaban tampoco floraciones y malezas perjudiciales para el ambiente y los hogares. “Muchas veces –señalaba– un libro tuerce el curso entero de nuestra vida y tantos hombres hubieran sido muy otros de los que fueron, si diversas hubieran sido sus lecturas”. (GENTILINI, 1933, p. 13).

Al mal de la lectura diversa o extensiva, se agregaba el de la lectura intensiva, producto de la obsesión y ensimismamiento por determinados temas en que, con frecuencia, caían los hombres. Esto, por ejemplo, le había ocurrido al joven Renán:¹⁰ su enfrascamiento de largas horas en lecturas de filósofos alemanes, lo había hecho beber a sorbos “el tósigo fatal que habría de envenenarle el alma y conducirlo a la apostasía sin retorno”. (GENTILINI, 1933, p. 13). La “mala literatura” era, pues, el “púlpito de Satanás”, una maldición que se esparcía por toda la tierra, y sus funestos efectos no podían sino alcanzar a todos cuantos hubiesen tomado contacto con ella, desde el autor al lector, del impresor al vendedor, del comentarista hasta quien, pudiendo haber hecho algo para evitar su circulación, no lo hizo.

Había en esta forma de caracterizar los libros y las consecuencias de su consulta, una clara manifestación del discurso médico-siquiátrico que, hacia mediados del siglo XVIII, había surgido en Europa occidental como estrategia de comprensión etiológica de los distintos trastornos conductuales y del ánimo. A este respecto, como lo informa R. Chartier, fue abundante la intención de vincular los estados mentales de personas “alucinadas” con el tipo y frecuencia de las lecturas que pudieran haber hecho, en un tiempo en que, de acuerdo a los variados testimonios de contemporáneos que revela este historiador, se habría experimentado una “fiebre de leer” o una “rabia lectora”. (CHARTIER, 1999, p. 91-110).

El paso de prácticas lectoras tradicionales – en voz alta y preferentemente realizadas en ámbitos eclesiásticos- a otras de modalidad individual y solitarias – desplazamiento que habría tenido al siglo XVIII como el tiempo de inflexión a este respecto- hizo suponer a la medicina de entonces la existencia de nexos entre fenómenos anímicos (efecto) y lectura (causa). ¿No era acaso la afición de sumirse en solitario y calladamente en un conjunto de páginas cosidas la razón más plausible de los síntomas del desvarío? ¿Acaso no era cierto que las tendencias latentes del organismo y la mente podían desatarse producto de la impresión de lo consultado? ¿Acaso no estaba probado que numerosos suicidios tenían por causa el libro malo? ¿Por qué desestimar que el onanismo y otras desviaciones de la pasión erótica podían tener su base en los influjos de lecturas fantasiosas cuando no notoriamente indecentes?¹¹

Obviamente, extrapolar esta visión patogénica de los escritos a las explicaciones en torno a las actuaciones colectivas de los individuos, no demoraría nada. Ahí estaban, para probarlo, las lascivas imágenes de toda laya de sensualistas y pornógrafos, como Pierre Loti o George Sand; el regocijo de la podredumbre descrita por Balzac o Víctor Hugo, atractivos por sus formas, pero viles por sus contenidos.¹² Y para qué decir de Prokopkin, Bakunin, Marx o Malatesta, instigadores consumados de la maldad y la violencia. A ellos se sumarían otros tantos –los voceros de las doctrinas equivocadas y pervertidoras- no menos abominables por la cizaña que esparcían con sus arengas verbales y escritas: la masonería, los protestantes, las sufragistas, las feministas (“zarraguistas”).¹³

En contrapartida, la vida de los Santos, los libros de piedad, de teología popular, de catecismos explicados, de historias amenas y moralizadoras, de buena apología, así como de “pensadores católicos ilustres” (Balmes, Sardá y Salvany, López Peláez, Villariño) resultaban ser las lecturas adecuadas por producir el efecto contrario de los libros perniciosos: serenidad, temple, integridad moral, respeto por las tradiciones y costumbres, y una inteligente aceptación de Dios y su creación.

A la consigna general de ¡Leed buenos libros!, seguían los consejos, propuestas e instrucciones respectivas. En lugares de descanso – “las playas de mar son cada día más visitadas”, consignaba nuestro salesiano- donde las horas desocupadas y “el tedio corruptor” así lo imponía, bien se podían habilitar espacios de lectura con selectas colecciones. Muy bueno también sería llevar las lecturas cristianas a talleres y fábricas para que los obreros leyeran en el lugar, o pudieran llevárselas a sus casas. La lectura en lugares de trabajo – con autorización de los

patronos – podría hacerse en voz alta en los momentos de descanso, y ya verían los administradores de los establecimientos cuan provechoso para el ambiente y para los propios resultados de las faenas, conllevaría esta magnífica obra. Los dueños de los lugares no tendrían nada que temer, pues los libros serían primeramente visados por un “discreto censor eclesiástico”.

Las bibliotecas parroquiales, a cuyo surtido debían acudir las señoras y caballeros católicos de la ciudad, no eran menos urgentes. A cargo de un “bibliotecario apóstol”,¹⁴ la experiencia estaba teniendo excelentes resultados en Francia y España. Las jornadas de “amena lectura” podían culminar con obsequios a la concurrencia de “hojitas volante” y otros impresos que, junto con estimular el ánimo de las personas, seguirían irradiando sus piadosos resultados en sus hogares.

Este sistema de lectura controlada podía también multiplicarse en diversos otros lugares, en particular en aquellos donde el dolor y la desesperanza, o la reunión diaria de juventud, hacían más proclive la adopción de los buenos libros: hospitales, cárceles, orfanatos, escuelas, círculos obreros, chacras y fundos. En más de alguno de estos sitios (incluyendo en primer lugar los templos y parroquias), sería posible, simultáneamente, crear “Buzones de la buena prensa”, es decir, puntos de acopio donde los creyentes podían llevar todo tipo de impresos. El párroco u otra persona encargada, haría la selección de ellos, bien para repartirlos a distintos lugares – las lecturas sanas-, bien para destruirlos – las impías o pornográficas.

La permanente atención que Gentilini tuvo sobre los “buenos libros” y su difusión, se retrató, por sobre todo, en el encomiable esfuerzo que prestara a la creación del Apostolado de la Prensa, instancia por la cual no sólo quiso poner en práctica sus conceptos acerca del rol del libro y la lectura como los canales más adecuados y poderosos en vistas a la recristianización de la sociedad chilena en tiempos de evidente presencia en ella de fuerzas transformadoras, sino, a la vez, mostrar a sus pares de la clerecía, la manera cómo aquello debía ser llevado a cabo, tanto en el terreno de la actuación personal de los sacerdotes, como en las dimensiones organizacionales que la tarea editorial exigía del catolicismo.

Conclusiones

Hemos desarrollado las características de la Buena Prensa impulsada por el gobierno de la Arquidiócesis de Santiago durante las primeras cuatro décadas del siglo XX. En artículos posteriores abordaremos los aspectos organizacionales, productivos, distributivos y lectorales que concurrieron a su ejecución. La misma, como hemos podido demostrar, fue la respuesta que, desde el ámbito comunicacional editorial, implementó la jerarquía eclesiástica con el apoyo decidido de miles de fieles, en aras de contrarrestar lo que a su juicio estaba a la base de los distintos síntomas de inmoralidad que amenazaban la paz y el orden social: la irrefrenable difusión y consumo público y privado de todo tipo de impresos que habían hecho del ataque a la fe y sus representantes, el motivo más corriente de sus aborrecibles producciones, provocándose daños en muchos aspectos tal vez si irreparables al alma de los creyentes, en especial de aquellos que más necesitaban de la palabra de Dios: los obreros, la infancia, la juventud, las mujeres.

Dado tales desafíos, la Buena Prensa se esforzó por proporcionar medios y recursos propagandísticos que posibilitaran la expedición de un régimen discursivo capaz de lidiar con algún grado de acierto en los intensos avatares de la disputa ideológica y comunicacional de su época. En este sentido, su apoyo a la aparición y consumo de diversas acciones editoriales resumidas en colecciones de folletos, libros, opúsculos y revistas; la organización de instancias de difusión de los buenos impresos en parroquias y obras sociales; la habilitación de espacios de lectura (bibliotecas) y de venta de impresos sanos y morales (librerías, bazares); la creación de sociedades bibliográficas y literarias; la realización y divulgación de traducciones; la apertura a importaciones y exportaciones de textos; su interés por llegar con sus productos a circuitos de distribución no confesionales; la definición de criterios de lectura según públicos o audiencias; las iniciativas para la formación técnica y profesional en tareas de producción y gestión editoriales, o la puesta en funcionamiento de varios talleres de impresión, fueron, entre otros, los hechos que jalonaron la experiencia comunicacional de la Buena Prensa.

Cierto es que una visión de balance general de la misma que enfatice únicamente en el registro final de magnitudes del capital físico y simbólico acumulados por ella, podría concluir que sus resultados fueron de mediocres a malos, y no faltarían razones para concordar en ello, tal como apareció expuesto en la opinión de Carlos Silva Vildósola. (EL PROBLEMA, 1937, p. 108-111).

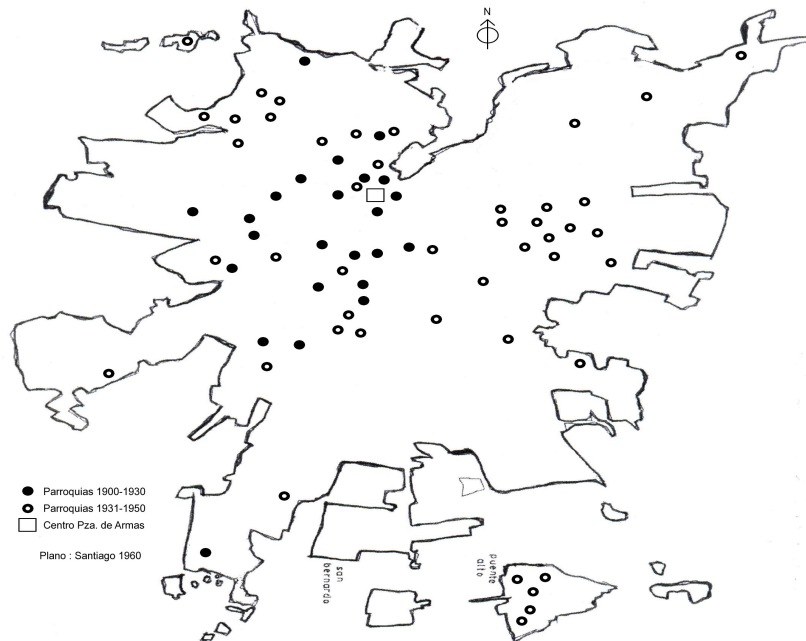
Pero no era en el ámbito de la racionalidad empresarial y contable donde, de nuestra parte, correspondía que inscribiéramos la significación histórica de la referida experiencia, sino en el de

la trama temporal de la construcción social de sentido sustentado por la generalidad institucional eclesial de la primera mitad del XX y donde la Buena Prensa representó sólo uno de sus varios aspectos operativos. Esto nos llevó a tener que disponer de un enfoque diacrónico (de análisis fenoménico en el tiempo) que no subsumiera, sino, al contrario, permitiera a su vez el examen del objeto escogido (la prensa eclesial), necesidad que nos acercó a algunos de los planteamientos heurísticos de la actual historia de la comunicación social.

En este sentido, apostamos a que una manera adecuada de corporizar comunicacionalmente la generalidad del modo institucional y sus relaciones con la Buena Prensa, radicaba en la historización de esta última en tanto recurso específico al interior de la más extensa “comunidad de discurso”¹⁵ que la Iglesia de Santiago venía construyendo “modernamente” en pos de afirmar su vigencia en el cada vez más complejo escenario socio-cultural de la capital.¹⁶

En efecto, como exigencia relevante para dotar a su comunidad de discurso de la amplitud e influencias que demandaba su cruzada de moralidad y salvación, elevó la cobertura de su propia presencia en la ciudad replanteando la organización funcional y administrativa de los distritos parroquiales (ver gráfica urbana de la página siguiente), medida que se complementó con el impulso constructor de numerosos templos, iglesias, capillas, santuarios y otros lugares de culto, emplazamientos que no sólo le permitieron urdir una vasta red de obras pías y sociales, tales como cofradías, escuelas primarias, dispensarios, patronatos, talleres de oficios, casas cuna, hospederías, etc.¹⁷ sino que, a la vez, de un modo tácito o expreso, le sirvieron como lugares específicos de articulación e irradiación de la Buena Prensa.

Circunscripciones Parroquiales en Santiago, 1900-1950



Fuente: elaboración del autor a base de datos de *Guías Eclesiásticas de la Arquidiócesis de Santiago de 1929 y 1948*.

En una dimensión que ha buscado poner en escena elementos específicos de la comunicación social católica de Santiago en el período en que ella se rigió por los mandatos de la Buena Prensa (primeras tres décadas del siglo XX), este artículo se adentró en el pasado de la Iglesia Católica chilena desde una posición heurística que ha querido, de algún modo, aunar los enfoques y recursos empleados por la historia política y la historia cultural.

Referências

CHARTIER, Roger: Las revoluciones de la lectura: siglos XV-XX. **Revista de Humanidades**, Monterrey, México, Instituto Tecnológico de Monterrey, n. 7, p. 91-110, 1999.

EL PROBLEMA del libro inmoral. **Efemérides Marianas**, 212-213, Santiago, p. 108-111, abr./may. 1937.

ERRÁZURIZ, Crecente. **El periódico católico**. Discurso hecho con motivo de su incorporación a la Facultad de Teología. Santiago, Imprenta del Correo, 29 ago. 1872.

GENTILINI, Bernardo. **La prensa y su apostolado social**, Centro Apostolado de la Prensa, Santiago, 1912, 158 p. Reimpreso en 1917 y 1918, variando el título a **El libro del apóstol de la prensa**. Tiempo después, insistirá en el abordaje de la temática por medio de **La Prensa Católica**. Santiago: Centro Apostolado de la Prensa, 1924.

GENTILINI, Bernardo. **La Misión de los buenos libros**. Santiago: Centro Apostolado de la Prensa, 1933.

GIL, Miguel Ángel. **Literatura espiritual en España, 1901-1930**. 2006. Tesis (Doctoral) – Facultad de Teología, Universidad de Navarra, Pamplona, 2006.

GUÍAS ECLESIAÍSTICAS DE LA ARQUIDIÓCESIS DE SANTIAGO DE 1929 Y 1948.

HAZARD, Paul. El Pensamiento europeo en el siglo XVIII. Traducción de J. Marías. **Revista de Occidente**, Madrid, 1946.

KHUN, Hans, **La Estructura de las Revoluciones Científicas**. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.

LA OBRA Fundamental. Leed estas hojas y dadlas a conocer. Santiago: Imprenta de la Revista Católica, 66 p., jun. 1908.

PRIMER Congreso Eucarístico de Santiago de Chile convocado y presidido por el Ilmo y Rvdmo Señor Arzobispo de Santiago Doctor Don Mariano Casanova. Santiago: Imprenta y Encuadernación Chile, 1905.

SALCEDO VALDIVIESO, Miguel. **Breve instrucción al pueblo**. Santiago: Imp. Esmeralda, 1903.

SERRANO, Sol. **¿Qué hacer con Dios en la república?** Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2002.

SCHMIDLIN, Joseph. **Katholische Missionswissenschaft**. Münster: Aschendorff, 1924.

VERGARA ANTÚNEZ, Rodolfo. **Intervención en la Primera Asamblea General de la Unión Católica de Chile**, 1 al 6 nov. 1884. Santiago: Imprenta Victoria, 1884.

WUTHNOW, Robert. **Communities of Discourse: Ideology and Social Structure in The Reformation, The Enlightenment and European Socialism**. Cambridge: Harvard University Press, 1989.

Notas

¹ Me resulta adecuado a estas alturas, señalar que el movimiento de la publicidad católica (que adquirirá fuerza desde mediados del siglo XIX) tuvo dos grandes vertientes de realización: la propiamente confesional, área dinamizada por el proyecto de la Buena Prensa y su gestión eminentemente eclesiástica, y la periodística profesional, en manos de laicos que, a la par con defender los intereses de la Iglesia, buscaron posicionar sus productos respondiendo a lógicas de sustentabilidad económica y de adhesión lectora en medios sociales amplios y de gustos diversos, muy propias de las sociedades de masas que sobrevinieron con la modernidad capitalista o protocapitalista. De ambas aristas, nuestra

tarea se abocará al examen de la primera de las dichas, hasta ahora y en comparación a la segunda, bastante menos estudiada.

² La reunión, por sus alcances, fue considerada como Congreso Católico pues, a la par con ver aspectos del culto y su difusión, abordó ampliamente cuestiones sobre el impulso de las obras católicas a fin de “extender y afianzar el Reinado Social de Jesucristo”. En este sentido, se dispuso a debatir y propiciar la organización de todas las fuerzas católicas para la actuación social cristiana. No obstante estimarse que desde hacía algunas décadas la actuación de los fieles venía dando variadas e importantes muestras de auxilio y piedad, el Congreso fue claro en señalar que ellas requerían salir de su dispersión, concurriendo a su coordinación y colaboración en vistas a acrecentar su poder y eficiencia. En este ánimo de reorganización y de incremento de la función apostólica de religiosos y seglares a inicios del siglo XX, se hacían sentir también los acuerdos de la Asamblea Plenaria de Obispos Latinoamericanos que, pocos años antes (1899), se había celebrado en Roma, evento que últimamente ha vuelto a ser objeto de variadas apreciaciones historiográficas.

³ Indudablemente dejamos fuera de nuestra tarea antecedentes primigenios sobre el particular, como fue lo realizado por fray Camilo Henríquez, notable precursor de la causa independentista en Chile y otros lugares de la región y quien recurriera para ello a las expectativas emancipadoras de la “máquina de la libertad”, como llamara a la imprenta.

⁴ Vergara Antúnez, además de una variada producción periodística, será autor de una decena de libros y ensayos apoloéticos. En 1892, con la reaparición de la Revista Católica, será nombrado director de la misma.

⁵ Uno de los varios ejemplos que se pueden traer a colación sobre esta insistencia, corresponde a la *Carta Pastoral sobre la propaganda de doctrinas irreligiosas y antisociales*, expedida por el Arzobispo de Santiago (Mariano Casanova) en agosto de 1893, la cual debía ser leída y repartida en todas las iglesias de Santiago. En el libelo, una referencia importante como manifestación “de la creciente perversión de las costumbres” que, de acuerdo a su autor, estaba teniendo lugar en el pueblo, correspondía a “los afanes de descrédito de la religión” que desde algunos años venían realizando los exponentes de la doctrina socialista. Estos, en vistas a hacer triunfar sus “desquiciados propósitos”, sabían que, primero que nada, debían erradicar la fe y desafectar el rebaño de sus pastores, “pues el socialismo sólo se propaga ahí donde la religión ha perdido su imperio”.

⁶ La presentación del texto dispone de una firma, Karl. Como mencionaremos luego, este fue el pseudónimo empleado por el sacerdote Bernardo Gentilini, su efectivo autor.

⁷ En correspondencia a la evolución institucional y democratizante que experimentará Chile hacia los años 30 del siglo XX, la conveniencia de posicionar a la feligresía como un todo en la esfera política (pública) cursará por dos vías principales, aunque no únicas: el impulso orgánico de la Acción Católica, a partir de 1931, y la reiteración del indisimulado apoyo de la jerarquía al Partido Conservador, tendencia que no dejará de suscitar controversias y quiebres entre la militancia política y religiosa.

⁸ La jerarquía social encabezada por las familias ricas del país, fue siempre reconocida por la Iglesia en todos sus llamados a la acción pública, más cuando, por lo común, como en el caso que nos ocupa, la tarea implicaba la presencia de importantes recursos financieros.

⁹ Este aspecto deriva a la sistemática labor de censura de libros en que incurría la jerarquía católica, tema al que dedicamos algunas páginas más adelante: “Policía Intelectual”.

¹⁰ Se alude a J. E. Renán, filólogo e historiador francés que fuera catalogado de “blasfemo europeo” por Pío IX luego de publicar su obra *La vida de Jesús*, buscando historizar al personaje.

¹¹ “Un ilustrado tratadista de enfermedades mentales –escribe Gentilini– fulmina desde el punto de vista médico terribles acusaciones contra la insaciable voracidad novelesca de nuestros días, atribuyéndole las dos cuartas partes del desequilibrio del sistema nervioso que padece hoy nuestra juventud, especialmente las mujeres [...] ellos (los novelistas) han ido poco a poco falseando el sentimiento, han adulterado las dotes propias y espontáneas del criterio, y abren una ancha puerta a la excitación cerebral que conducirá luego a la neurastenia, un camino breve y seguro a la locura”.

¹² La novela, según Gentilini, exaltaba la imaginación, pervertía la inteligencia, corrompía los corazones, y el menor daño que ellas podían causar, era que “hacían perder el tiempo desmotivando la lectura de obras más sustanciosas”.

¹³ Por Belén de Zárrega, feminista y activista anticlerical española que visitara Chile en 1913 dando numerosas conferencias que irritaron al clero nacional

¹⁴ La función de este bibliotecario sería primordial. Bien instruido en autores y en modos de atraer “a los inquietos”, debía tener la capacidad de apartarlos de “curiosidades lectoras extravagantes”, dándoles a conocer “el alimento espiritual que necesitan”.

¹⁵ La expresión “comunidad de discurso” la hemos tomado de Wuthnow (1989). Ella hace referencia a la constelación de textos y espacios, tanto simbólicos como materiales, que darían fisonomía histórica a las producciones culturales.

En este sentido, las comunidades de discurso serían los únicos espacios concretos donde los actos de comunicación se volverían significativos e inteligibles.

¹⁶ Entre los factores de contexto, uno que dio fisonomía espacial al conjunto de transformaciones estructurales de aquel entonces, fue el del sostenido crecimiento demográfico experimentado por la ciudad capital del país. De acuerdo a las cifras censales, al comenzar el siglo XX, la población urbana de Santiago acusaba notorios incrementos como parte de una tendencia al alza que adquirió consistencia a partir del último cuarto del siglo anterior. Ateniéndonos a la generalidad de la dicha evolución poblacional capitalina, señalemos que de 256.403 habitantes registrados para 1895, se pasará prácticamente a un millón de personas (953.075), en 1940. Tanto el aumento vegetativo pero, por sobre todo, la migración interna, fueron los responsables de esta cuadruplicación en menos de 50 años. Otro, de semblante primordialmente cultural, fue el de la no menos incesante multiplicación de medios de comunicación social (particularmente escritos) que, al unísono con la expansión urbana, alentarían tanto como condicionarían los contornos de su comunidad de discurso. En los preparativos de esta investigación, nos pudimos dar cuenta de la enorme cantidad de iniciativas informativas y comunicacionales que tuvieron lugar en Santiago coetáneamente a su expansión territorial y poblacional; y esto no sólo a nivel de las instancias sociales de mayor dinamismo organizacional, como fueron las de orden mutualistas y sindicales, sino también, de innumerables otros órganos -vocerías más o menos formales y continuas de boletines, revistas y prensa periódica- surgieron de los barrios, poblaciones, escuelas, liceos, clubes deportivos, juntas de adelanto, comités de vecinos, rotarios, municipios, asociaciones de comerciantes, ligas de arrendatarios, compradores de sitios a plazo, asociaciones de madres, etc.

¹⁷ De las 28 parroquias registradas en Santiago en 1900, su número aumentará en 83, para 1950, siendo las décadas de 1920 y 1940, las de mayor desarrollo. La gráfica de la página siguiente, retrata como se fue esparciendo la presencia católica por la ciudad. En general, si bien ella discurre a parejas de la expansión territorial en sus distintas direcciones, no deja de llamar la atención la tendencia a la concentración que se produjo en las áreas norte, sur y oriente de la capital. En el primer caso, para acercarse a los lugares de residencia de los nuevos reductos de condición socio-económica baja, sin duda, los grupos de mayor dinamismo demográfico; y, en el segundo, como forma de acompañar a los sectores medios y altos en el sostenido abandono que, a partir de la década de los 20, comenzaron a hacer de los barrios tradicionales del centro capitalino. Es menester señalar que en este considerable despliegue, la actuación y aportes mueble e inmueble de los fieles fue determinante.

Manuel Loyola es doctor en Estudios Americanos, académico de la Universidad de Santiago de Chile y editor de la Revista Izquierdas.

Recebido em 17/01/2014

Aprovado em 13/04/2014